

CONTENIDO

- A. UNA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN FAMILIAR
- B. UNA ESPIRITUALIDAD DE ORACIÓN A LA LUZ DE LA PASCUA
- C. UNA ESPIRITUALIDAD DE AMOR EXCLUSIVO Y LIBRE
- D. UNA ESPIRITUALIDAD DE CUIDADO, CONSUELO Y ESTÍMULO



INTRODUCCIÓN

Hemos llegado al último capítulo de la Exhortación apostólica sobre el amor en la familia. El papa Francisco no podía dejar de exponer algo que sin duda ha tenido muy presente en todas las reflexiones que nos ha ido proponiendo a lo largo de los ocho capítulos precedentes, plantear la cuestión de la espiritualidad matrimonial y familiar, tarea nada fácil; es de agradecer que el papa Francisco lo haya hecho, porque nos puede ayudar a situar todas esas reflexiones que nos han conducido hasta aquí.

Por ello, el primer mensaje que nos ha querido transmitir tiene el carácter de principio básico sobre el que va a fundamentar toda su explicación: la caridad, es decir, el amor, que adquiere matices diferentes según el estado de vida al que cada uno ha sido llamado. Por tanto, toda reflexión sobre el amor en la vida matrimonial y familiar debe realizarse desde la perspectiva de la espiritualidad matrimonial y familiar, es decir, desde la concepción del matrimonio y la familia como algo querido por Dios y una realidad en la que Dios ha querido hacerse presente de un modo especial.

Hablamos de espiritualidad, en el sentido cristiano, cuando nos referimos a la dimensión de toda persona humana que tiene que ver con la aspiración a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad; y ello suscita un nivel de vida más humano, también en la sociedad terrena. Así, decimos que una persona es muy espiritual para indicar que es muy sensible al Evangelio de Jesús y se afana por seguirlo con fidelidad.

La “espiritualidad de los laicos debe tener su carácter propio por razón del estado del matrimonio y de la familia”¹, y las preocupaciones familiares no deben ser algo ajeno “a su estilo de vida espiritual”².

En este capítulo, el papa Francisco se ha propuesto describir algunas notas fundamentales de esta espiritualidad específica que se desarrolla en la vida de familia y en las relaciones entre sus miembros (AL 313). Entre esas notas Francisco ha destacado cuatro:

- En primer lugar, una espiritualidad de **comunidad familiar**, que es posible gracias a la presencia de Dios «en el templo de la comunión matrimonial».

- En segundo lugar, una espiritualidad de **oración a la luz de la Pascua**, que se mantiene y se enriquece día tras día gracias a la oración en familia.

- En tercer lugar, una espiritualidad de **amor exclusivo y libre**, que tiene como referencia el mismo amor de Dios.

- En cuarto lugar, una espiritualidad de **cuidado, consuelo y estímulo**, que dispone a la familia para salir al encuentro de otras familias en necesidad.

¹ Decr. Apostolicam actuositatem, sobre el apostolado de los laicos, 4.
² *Ibid.*

A - UNA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN FAMILIAR



La primera de las notas fundamentales de la espiritualidad familiar es *la comunión* familiar. Siempre hemos hablado de la presencia de Dios en los corazones de las personas que viven en su gracia. Hoy podemos decir también que la Trinidad está presente en el templo de la comunión matrimonial. Así como Dios habita en las alabanzas de su pueblo, vive íntimamente en el amor conyugal que le da gloria (AL 314).

Cuando se vive en familia es difícil fingir y mentir, no podemos escondernos detrás de una máscara. Si esta autenticidad se inspira en el amor, el Señor tiene ahí su sede, con su gozo y con su paz. Esta entrega mutua, asociando “a la vez lo humano y lo divino”³, está llena del amor de Dios. En definitiva, la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo entre los esposos, donde habita el amor de Dios (AL 315).

Una experiencia positiva de *comunión* familiar es un verdadero camino de santificación y de crecimiento místico, un medio para la unión cada día más profunda con Dios. Las exigencias fraternas y comunitarias de la vida de familia constituyen un incentivo para abrir más y más el corazón, y así lograr un encuentro cada día más pleno con el Señor.

Ha dicho el papa Benedicto XVI que “cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte en ciegos ante Dios”⁴, y el amor es en el fondo la única luz que “ilumina constantemente a un mundo oscuro”⁵. Así pues, solo “si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y en nosotros su amor ha llegado a plenitud”⁶. Puesto que “la persona humana tiene una innata dimensión social, y la expresión primera y originaria de la dimensión social de la persona es el matrimonio y la familia”⁷.

Por tanto, quienes tienen hondos deseos espirituales no deben creer que la familia los aleja del crecimiento en la vida del Espíritu, sino que deben concebir la familia como un camino que el Señor utiliza para llevarlos a las cumbres de la unión mística (AL 316).

B - UNA ESPIRITUALIDAD DE ORACIÓN A LA LUZ DE LA PASCUA

Para un matrimonio cristiano, la conciencia de la presencia de Dios en todos los momentos de la vida familiar, incluso en los momentos de máxima expresión del amor conyugal, constituye un poderoso estímulo. Si la familia logra poner a Cristo en el centro, Él unificará e iluminará toda la vida familiar. En los días más amargos de la familia, la unión con Jesús en su soledad puede ayudar a evitar una ruptura. De modo gradual, con la gracia del Espíritu Santo los esposos crecen en santidad mediante la vida matrimonial, y también lo logran participando en el misterio de la Cruz de Cristo, que transforma las dificultades y sufrimientos en una ofrenda de amor. Es más, los momentos de gozo, descanso, celebración, y también de sexualidad, se experimentan como una participación plena de su Resurrección. Con una gran variedad de gestos, las parejas casadas conforman “un espacio iluminado por Dios en el que pueden experimentar la presencia escondida del Señor resucitado”⁸ (AL 317).

Esta realidad “espiritual” se hace más patente en la vida diaria si se acompaña con la oración en familia, que alcanza el momento culminante cuando padres e hijos participan juntos en la celebración de la Eucaristía que da pleno sentido al descanso del domingo.

La oración en familia es un medio privilegiado para expresar y robustecer esta fe pascual. Cada día podemos encontrar unos minutos para estar unidos ante el Señor vivo y presente en el hogar familiar, exponerle nuestras preocupaciones, rogar por las necesidades de nuestra familia y también por alguno que esté

³ CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 49.

⁴ Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 16.

⁵ *Ibid*, 39.

⁶ 1 Juan 4, 12.

⁷ JUAN PABLO II, Exhort. Ap. Postsin. *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 40.

⁸ JUAN PABLO II, Exhort. Ap. Postsin. *Vita Consecrata* (25 marzo 1996), 42.

pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar de verdad, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedirle a la Virgen que nos proteja con su manto de madre. Con palabras sencillas, ese momento de oración puede hacer muchísimo bien a la familia. Las diversas expresiones de la piedad popular también son un tesoro de espiritualidad para muchas familias (Cf. AL 318).



C - UNA ESPIRITUALIDAD DE AMOR EXCLUSIVO Y LIBRE

La fe de los esposos cristianos en la presencia amorosa de Dios en su vida matrimonial y familiar los ayuda a relativizar muchas cosas, porque nada puede ser tan importante como esta gozosa realidad: la compañía de un Dios entrañable en el hogar familiar.

La fidelidad a ese Dios amoroso que preside sus vidas y al que han consagrado su matrimonio y sus hijos les permite comprender el significado de un amor conyugal que no tiene fecha de caducidad, no porque una ley ajena lo imponga y ellos la acepten con resignación, sino porque es una cuestión de corazón que tiene a Dios por testigo.

En el matrimonio se vive la experiencia de pertenecer totalmente a otra persona. Los esposos asumen el desafío y el anhelo de apoyarse mutuamente envejeciendo juntos, y así reflejan la fidelidad de Dios. Esta firme decisión, que marca un estilo de vida, es una exigencia interior del pacto de amor conyugal, porque el que no es capaz de tomar la decisión de amar para siempre, es difícil que pueda amar de verdad un solo día. A la vez, esta fidelidad no tendría ningún valor espiritual si se tratara solo del cumplimiento de una ley con obediente resignación. Es una cuestión de corazón, que solo Dios puede valorar⁹.

Cada mañana, al levantarse, se reafirma ante Dios la decisión de mantener la fidelidad, pase lo que pase a lo largo de la jornada. Y todos, antes de acostarse, manifiestan el deseo de despertar y continuar esta aventura, confiando en la ayuda del Señor. Así, cada cónyuge es, para el otro, signo e instrumento de la cercanía del Señor, que no los deja solos: “Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”¹⁰ (AL 319).

A la vez, el mismo amor de Dios permite a los esposos situar el amor conyugal que los une en el lugar que le corresponde: una primacía que de ningún modo se ve limitada por la presencia de Dios, sino que esta presencia es garantía de satisfacción plena en su propia vida matrimonial y familiar.

Ha llegado el momento en el que el amor de la pareja alcanza la cumbre de su libertad y constituye el fundamento de su autonomía. Sucede cuando cada uno de los esposos se percató de que el otro no le pertenece totalmente, porque tiene un dueño mucho más importante: su único Señor. Nadie, excepto el mismo Dios, puede tener la pretensión de poseer la intimidad más personal y más secreta del ser amado; solo Dios puede ocupar el centro de su vida. A la vez, el principio de realismo espiritual hace que un cónyuge no pueda pretender que el otro o la otra sacien completamente sus necesidades.

Es preciso que el camino espiritual de cada uno, como bien indicó Dietrich Bonhoeffer, lo ayude a “desilusionarse” del otro¹¹, a dejar de esperar de esa persona lo que solo es propio del amor de Dios. Esto exige liberarse interiormente. El espacio que cada uno de los cónyuges reserva para su relación personal con Dios no solo le permite sanar las heridas de la convivencia, sino que lo capacita para descubrir en el amor de Dios el sentido de la propia existencia” (AL 320).

Es interesante que prestemos atención a un detalle que no puede quedar inadvertido, al valorar la importancia del hecho de tener conciencia de la presencia de Dios en la vida familiar. Francisco subraya que esta presencia de Dios nunca dejará en segundo lugar el amor conyugal, sino que lo favorecerá. Es decir, el amor exclusivo y libre entre los esposos no excluye el amor a Dios, precisamente porque el amor de Dios a los esposos es el que da pleno sentido al amor conyugal.

⁹ Cf. Mateo 5, 28.

¹⁰ Mateo 28, 20.

¹¹ Cf. *Gemeinsames Leben*, Munich 1973,18.

D - UNA ESPIRITUALIDAD DEL CUIDADO, DEL CONSUELO Y DEL ESTÍMULO

La riqueza interior, la intimidad y las posibilidades que caracterizan a la vida familiar son difícilmente comparables con las de otras instituciones sociales que tienen por finalidad la atención a las personas. En otras palabras, el cuidado, el consuelo y el estímulo que una vida familiar que se inspira en Cristo Jesús puede ofrecer a los esposos, a los hijos y a los demás familiares son únicos e insustituibles. Francisco también se ha referido a ello.

“Los esposos cristianos son, para ellos mismos y para sus hijos y los demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Dios llama a los esposos a transmitir la vida y a cuidar de la vida. Por ello, la familia ha sido siempre el ‘hospital más cercano’”¹².

Curémonos los unos a los otros, contengámonos y estimulémonos mutuamente, y experimentémoslo como parte de nuestra espiritualidad familiar. La vida en pareja es una participación de la obra creativa de Dios, y cada uno es para el otro una permanente provocación del Espíritu. “El amor de Dios se expresa a través de las palabras vivas y concretas con las que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal”¹³. Así, los dos son reflejos mutuos de amor divino que consuela con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo. Por ello, querer formar una familia equivale a decidir ser parte del sueño de Dios, es escoger soñar con Él, es querer construir con Él, es unirse a Él en la aventura de construir un mundo en el que nadie se sienta solo (AL 321).

Toda la vida de la familia es un “pastoreo misericordioso”. Cada uno, con su amor y sus cuidados, deja una marca en la vida de los demás: “Vosotros sois nuestra carta de recomendación, escrita en nuestros corazones..., escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo”¹⁴. Este es un modo de dar culto a Dios, que ha sembrado tantas cosas buenas en los demás esperando que nosotros haremos lo que nos corresponda para que crezcan (Cf. AL 322).

Para comprender el alcance del mensaje que desea transmitirnos, Francisco nos invita a contemplar a nuestros seres queridos con los ojos de Dios y reconocer a Cristo presente en ellos. Esto exige una libertad y una apertura que nos capaciten para valorar su dignidad.



Nosotros podemos estar plenamente presentes ante otros solo si nos entregamos a ellos totalmente, dejando de lado todo lo demás. Nuestros seres queridos merecen toda nuestra atención. Jesús es nuestro modelo, porque cuando la gente se acercaba a conversar con él, los miraba a los ojos con amor. Nadie se sentía desatendido en su presencia, ya que sus palabras y sus gestos eran expresión de esta pregunta: “¿Qué quieres que haga por ti?”¹⁵.

Esto es lo que experimentamos en la vida cotidiana con la familia. Se nos recuerda constantemente que cada uno de los que viven con nosotros merece atención total, porque él o ella poseen una dignidad infinita, porque son objeto del amor inmenso del Padre. Así brota la ternura, capaz de suscitar en el otro el gozo de sentirse amado. En particular, la ternura se manifiesta cuando atendemos con cuidado amoroso las limitaciones del otro, sobre todo cuando son evidentes (AL 323).

Bajo el impulso del Espíritu, el núcleo familiar no sólo acoge la vida generándola en su propio seno, sino que se abre, sale de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad. “Esta apertura se expresa particularmente en la hospitalidad”¹⁶, alentada por la Palabra de Dios de un modo sugestivo: “no olvidéis la hospitalidad: por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles”¹⁷. Cuando la familia acoge y sale hacia los demás, especialmente hacia los pobres y abandonados, es “símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia” (AL 324).

¹² *Catechesis* (10 junio 2015): *L'Osservatore Romano*, ed. Semanal en lengua española, 12 de junio de 2015, p.6.

¹³ JUAN PABLO II, Exhort. Ap. *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981), 12.

¹⁴ 2 Corintios 3, 23.

¹⁵ Marcos 10, 51.

¹⁶ Cf. JUAN PABLO II, Exhort. Ap. *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981), 44.

¹⁷ Hb 13,2.

Francisco concluye la reflexión que nos ha propuesto en esta Exhortación apostólica ***Amoris Laetitia*** con estas palabras: “Todos hemos sido llamados a mantener viva la tensión hacia algo que está más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe sentir este estímulo constante. Hagamos este recorrido como familias, sigamos avanzando juntos. Lo que se nos ha prometido es mucho más grande que lo que imaginamos. No perdamos el aliento a causa de nuestras limitaciones ni renunciemos a buscar aquella plenitud de amor y de comunión que Dios nos ofrece” (AL 325).

REFLEXIONO Y COMPARTO:

- 1.** ¿Consideras que en tu familia se vive la espiritualidad de la comunión, el cuidado, el consuelo y el estímulo?
- 2.** ¿Qué puesto ocupa la oración y la Eucaristía en tu vida familiar?
- 3.** ¿Qué imagen, palabra o pensamiento te ha dejado la reflexión que has realizado sobre esta Exhortación apostólica del papa Francisco sobre el amor en la familia?

Hna. Berta María Porras Fallas, tc